
REGIONES E IMAGINACIONES...
EN UN BREVE ESPACIO INSULAR...

Pablo Mella, sj.*

Por esas cosas que pasan, los procesos sociales de la humanidad nos están obligando, a finales del siglo XX, a mirar nuestra historia con claves de lectura muy distintas. La modernidad hizo un hiato entre el hombre y su medio. Constituyendo al hombre en *sujeto* y al medio en *objeto*, las cosas quedaron a merced de la *objetividad* científica o de la *idealidad* racionalista. Envalentonado, el hombre se declaró dueño absoluto de la naturaleza, porque por sus avances científicos podía explicarla y dominarla. Así, el *evolucionismo* se hizo dueño de la mentalidad decimonónica, incluso de la ciencia histórica. Pongamos por caso el marxismo ortodoxo. Según éste, cualquier proceso histórico debe estudiarse a la luz del paso por modos de producción perfectamente delineados y pre-establecidos. Toda la actividad humana se mete en el corsé de un dinamismo ascendente e ineluctable. Pero no es un secreto que dentro del marxismo existen muchas revisiones (Gramsci, La Escuela de Frankfurt), el último ejemplo, la *Perestroika* de M. Gorbachov. Esto nos pone sobre la pista.

Me atrevería a decir que la *imaginación* pudiera ser una de las claves alternativas para analizar los procesos históricos. Imaginar no es necesariamente una facultad peyorativa. Es más, para mí lo imaginamos

* Escolar Jesuita. Licenciado en Filosofía (PUCMM, Santo Domingo). Este trabajo fue premiado en el XXVIII Concurso Literario de Navidad del Obispado de La Altagracia, 1988.

todo. Existe una silueta de las cosas reales que nosotros *figuramos* con mayor o menor precisión, en nuestro entendimiento.

Nos hacemos la imagen de las cosas desde nuestra implicación en el medio y desde el sub-suelo de nuestros *intereses*, que diría Habermas. Me parece un acierto genial de la retórica denominar genéricamente *Imagen* al recurso clave de la poesía. La poesía es la expresión más íntima de la literatura y el poeta es dueño de usar las imágenes a su conveniencia.

Similar al poeta es el hombre en la sociedad. La labor del investigador social sería entonces *cotejar las imaginaciones* de todos los seres humanos implicados en el hecho social estudiado. Es una metodología democrática, en cuanto toma en consideración tanto al iletrado como al letrado como fuentes fidedignas de investigación.

Una de las *imaginaciones* más debatidas en el presente es el de las **regiones**. Parece que la fría unidimensionalidad (Marcuse) de la sociedad tecnológica ha hecho estallar su expresión legal: el concepto de *nación* o de *Estado*. Por la fría lógica del capital, la manera de hacer las inversiones hoy nos hace hablar de una economía mundial: se trasvasan los capitales allí donde sea más rentable, tanto por la mano de obra barata y por las facilidades legales, como por el desarrollo de las comunicaciones y de la producción computarizada. Si nos movemos a las artes del afecto muchos prefieren hablar de sus regiones y no del Estado. El caso español es un claro ejemplo. Podríamos decir que la metáfora política de la burguesía, la *nación*, ha llegado de facto a su fin.

Imaginación y regionalización serían así dos claves cálidas, más humanas, para analizar los procesos sociales. Son estas dos claves las que utilizaremos para acercarnos -desordenadamente, pero con el deseo de ser algo innovadores- a nuestra sociedad dominicana. ¿Qué futuro le aguarda al dominicano? Espero responder en tanteo a esta aristosa pregunta, para que cualquier trabajo nuestro de promoción de la justicia en este *breve espacio insular* sea más popular y democrático. Aquí va mi teoría... o mejor, mi imaginación sobre las regiones dominicanas.

LA REGIONALIZACION POPULAR

Llamo *regionalización popular* a la imaginación regional que suele utilizar el migrante campesino a la *Capital* para indicar su lugar de procedencia. Creo que este recurso toma en cuenta el *inconsciente colectivo* (Jung) de nuestro pueblo, dando relevancia a los puntos donde los dominicanos afincamos nuestra identidad. La metodología de la historia

historia oral ha puesto al descubierto la importancia de esta fuente testimonial (Baud).

El migrante a la Capital suele hablar de las siguientes regiones: el Cibao, el Sur, el Este, la Línea (noroeste) y la Frontera. A mi manera de ver, la Capital comienza a ser considerada como una especie de región en sí misma. De esta forma coincido con la geografía más actualizada en que el espacio es socialmente construido (Yunén/Chantada) y no tanto una magnitud meramente física.

La magnificación del Cibao

En mi imaginación, el Cibao ha sido territorial e ideológicamente magnificado. El Cibao sería fundamentalmente un territorio intramontano que comprende los valles de Santiago y de La Vega Real. Sus pueblos límites serían: Santiago, al noroeste; San Francisco de Macorís, al este; Bonao, al sureste. La ciudad de La Vega viene quedando en el centro. Las montañas de la Cordillera Central lo escoltan en su lado suroeste.

Originalmente, parece ser que Cibao era el vocablo que los indígenas utilizaban para designar estas montañas. **Ciba** significa piedra. La magnificación geográfica es comprensible por el desarrollo de la comercialización del tabaco a fines del siglo pasado y toda su importancia para el mercantilismo europeo.

En la memoria del Cónsul de Su Majestad, Mariano Alvarez, fecha del 20 de noviembre de 1860, comprobamos nuestra afirmación:

Los dominicanos son enteramente agrícolas. El comercio de las provincias del Sur consiste principalmente en los productos de los bosques. Sin embargo, en El Seybo, la cría de ganados es la principal ocupación, pero la parte más industrial es el Norte llamado generalmente Cibao, donde el principal artículo es el tabaco, de excelente calidad y conforme a las cosechas, recolectan de setenta a ochenta mil quintales castellanos.

Alejandro Angulo Guridi escribió un artículo nacionalista, publicado en el periódico venezolano *El Constitucional*, de Caracas, en 1864. Se titulaba: *Examen crítico a la anexión de Santo Domingo a España*. Allí se reproducen los mismos prejuicios mercantilistas, a pesar del pretendido nacionalismo. Su anti-haitianismo le hace resaltar el Cibao como esencia de una difusa dominicanidad. Según él, la identidad cultural de sus habitantes no se vio afectada por el desorden productivo que ocasionó el reparto de tierras hecho por Boyer en los 22 años de Dominación haitiana. Cito largo a Guridi, por lo gráfico que resulta su lenguaje para ilustrar lo dicho:

Sin embargo, en las dos provincias de La Vega y Santiago, o sea El Cibao (I), siempre se continuó cultivando tabaco en tales términos que nunca bajó de cincuenta mil quintales la exportación (sic) de este artículo, el cual constituye el primer ramo de su movimiento comercial, y es causa de la riqueza comparativa de aquel hermoso departamento. Pero eso se debe a que allí nunca hubo tantos esclavos como en el sur de la antigua colonia: el trabajo libre producía las ventajas que le son inherentes; y por lo tanto, cuando Boyer abolió la esclavitud, ya los hombres de la raza africana, los cuales no eran muchos, habían adquirido los hábitos y el estímulo de quienes saben que trabajan para su provecho (...)

El campesino del Cibao, señaladamente de la provincia de Santiago, y las comunas de la capital de La Vega, Moca y Jarabacoa, para ir a poblado se viste siempre con chaqueta de paño, pantalones de dril o casimir, corbata de seda, camisa de hilo o algodón, sombrero de jirón o Panamá, y botines de becerro. Muchos llevan medias; raro es el que no monta en un hermoso caballo, y más aún, el que sobre la silla de montar no lleva un pellón que le importa de dos a cuatro pesos fuertes (...)

Mas, lo interesante para este ensayo es por qué se produjo semejante magnificación ideológica. Mi imaginación es la siguiente. Una población ligada por diversas razones a una producción tabacalera de pequeña propiedad, en un nicho ecológico central y estratégico en lo que respecta a un siglo XIX de transporte animal, contribuyó a que se consolidase la preminencia cibaëña en el período republicano. Sus hombres -por lo demás, blancos- han jugado un papel protagónico en nuestra historia política y en la economía.

La *blanquidad* del cibaëño ha sido esgrimida como punta de lanza del destino dominicano por los ideólogos más influyentes del siglo pasado e incluso de este siglo. En un pensamiento positivista revisado, la *blanquidad* aparece unida a la hispanidad y a la catolicidad de lo dominicano.

Nunca se pierde punto de perfección para contraponer la *blanquidad* cibaëña a la mutalización de otras regiones de nuestro país. La causa suele atribuirse al poco contacto con los hermanos haitianos. De hecho, en nuestro país, *negro* es el haitiano. Los dominicanos somos *indios oscuros*. Así que la carga racial tiene un cariz nacionalista. En *La isla al revés*, uno de los ensayos más recientes del Dr. Balaguer, se presentan fotos a colores de personas de la Cordillera Central, para demostrar nuestra *blanquidad*. Balaguer y Peña Batlle fueron los principales ideólogos de la hegemonía trujillista. El tema antihaitiano es en ambos obsesivo y racista. Baste una cita de *La isla al revés*:

Puede aún señalarse que la población negra es mayor en la parte sur y en las zonas fronterizas que en el centro de la isla. La razón es obvia. En estas comarcas han sido mayores que en otras de nuestro país, como en las del Cibao y de la Cordillera Central, la influencia haitiana y el contacto con los moradores de país vecino.

En realidad, la razón parece ser otra. En el Cibao no se sufrió el monocultivo de la caña de azúcar, que conllevó mano de obra esclava africana. Un paralelo a la situación dominicana la encontramos en Cuba. El ejemplo lo tomo del clásico Ramiro Guerra, **Azúcar y población en las Antillas**:

Realmente tal fue su causa (de las Leyes de Indias) determinante, pero el hecho es que, impidiendo el brusco aumento de la industria azucarera durante dos siglos, representó un valladar para el desarrollo de la esclavitud y del latifundio azucarero, y le aseguró a Cuba un lento crecimiento interior a base de población blanca nativa (!), firmemente arraigada en el suelo patrio, poseído y trabajado por ella. La historia suele reservarnos esas extrañas sorpresas.

El mito del cibaño como paradigma de la dominicanidad ha invadido hasta los folletos populares. En éstos, muchas veces, los personajes aparecen hablando con la *i*, para hacer notar que es un hombre popular, auténticamente dominicano. No es de extrañar que el personaje anti-imperialista de Gimbernard, Concho Primo, sea desconocido para la mayoría de los dominicanos. La gente ni siquiera sabe que por él llamamos *concho* al transporte público. Concho es el pueblo dominicano. El carro de concho es el carro del pueblo, nuestro *volks-wagen* (Hitler quiso construir un carro del pueblo y de ahí se origina esta marca de autos alemanes). Valga la ilustración para ver cómo pesa la magnificación del Cibao entre nosotros.

El Sur calumniado

En los carros de concho no se puede decir que se es de San Juan de la Maguana. Lloverán las sospechas y los acurrucamientos en las esquinas de los asientos. La gente de San Juan es peligrosa. Sabe echar *mal de ojo*. Los sanjuaneros son brujos.

El Sur es sinónimo de sequedad, lejanía y atraso; pero en realidad el Sur no es tan uniforme. Esta región se extiende al sur de la Cordillera Central, aunque en parte se trepa en ella. Tiene como límites a este y oeste, San Cristóbal y la frontera de Haití respectivamente. Contiene una variedad de eco-sistemas. La fértil vega de San Juan, regada por el Yaque del Sur, no es similar a las serranías costeras o al *Salado* de la Hoya del Enriquillo. La diferencia principal viene, no obstante, a causa de los tipos de cultivo.

Parte de la vida del sureño (mejor dicho, de un tipo de sureño) transcurre en las lomas por largas temporadas para la recogida del café. Las lomas de más difícil acceso han estado a salvo de la depredación maderera del siglo pasado. Mudados con *to' lo' tieto'* para la loma, las familias obtienen parte de su alimentación en cultivos de subsistencia. (No sé por qué, esta trashumancia me recuerda el cimarronaje de los primeros rebeldes de nuestra historia).

El desarrollo del azúcar, en torno sobre todo a Barahona y en menor medida a Azua, causó otro tipo de cultura, similar a la de otros ingenios azucareros. El azúcar trajo de la mano el desmonte de los bosques para la comercialización de la madera, daño que el sureño aún está pagando.

El Sur sigue teniendo una dificultad: identificar, o al menos acercar, la vida cotidiana con el sentido de comunidad política. La vida del sureño está alejada de los procesos políticos decisivos de nuestro país. En el siglo XIX esto era más notorio. Existen testimonios de que al hablar de la Capital en Azua del siglo pasado, sus pobladores se referían a Puerto Príncipe. Allí se llevaban el producto de la agricultura y el ganado para ser negociados.

La cierta autonomía política del Sur viene desde el cimarronaje. No olvidemos que hasta Enriquillo se alzó en el Sur, en las lomas del Bahoruco. De esta forma, podría aventurarse una hipótesis explicativa para dar razón de que los dos principales movimientos mesiánicos de nuestra historia hayan sido en el Sur: el de Olivorio Mateo (1908-1922) -que fue exterminado por la Ocupación norteamericana- y sus herederos, los Mellizos de Palma Sola (1961-1962).

Una zona menos atendida pastoralmente, sin la *religión oficial*, tendió a crear su propia religión, sincrética y popular. De aquí la fama de brujo del sureño, que se ve repudiado por personas de zonas más católicas.

Traigo a colación un ejemplo con el que ilustro el discurso prejuiciado y oculto, en círculos más o menos educados en las ciencias sociales y amantes de los pobres; en contra del Sur:

Los mismos comerciantes del pueblo vienen y les montan grandes fiestas (a los caficultores del Sur). Allí entre tragos, música, amigos y mujeres les arrancan los cheles de la zafra. En algunos lugares, como sucede en los campos de Barahona, juegan gallos días de trabajo jueves, martes o viernes. En el Cibao, sin embargo, es casi un sacrilegio el montar un juego cualquiera así un día de trabajo. Pero esta gente no tiene otra cosa que hacer... (negritas mías) (González y Espinal, *Estudios Sociales* 28, p. 193).

Este prejuicio viene arrastrándose aparentemente desde el siglo pasado. Recordemos la misma argumentación de Guridi en *El Constitucional*:

(La riqueza comparativa del Cibao) se debe a que allí nunca hubo tantos esclavos como en el sur de la antigua colonia: el trabajo libre producía las ventajas que le son inherentes (...)

Pero en el sur; es decir, en las jurisdicciones de Santo Domingo y Azua (!), pues la provincia del Seybo fue siempre más ganadera que agrícola, aconteció todo lo contrario. En vez del movimiento, lujo y hasta comodidades de los campos del Cibao, apatía, holgazanería, miseria y casi desnudez: en vez de la limpieza y el orden de los conucos y alrededores de las casas de vivienda se observa en aquellos, -desarreglo, montes de arbustos y yerbas silvestres, así como una curiosa variedad de bejucos entrelazados en los platanales, cafetos y demás árboles útiles (...)

Pero los campesinos del sur, iqué contraste tan grande ofrecen con relación a aquéllos! (los del Cibao). Baste decir que, por regla general, el uno es el viceversa del otro.

El Este

Pero antes de la irrupción capitalista del cultivo azucarero (1875), el Este era montería y hato. La fuerza del hatero en la República naciente, como señor autónomo de grandes predios, se resume en la figura de Pedro Santana, de El Seybo. Santana fue el único capaz de concertar las fuerzas nacionales suficientes para conservar la independencia de Haití. Su autoritaria figura es hoy fuente de discusiones, debido a su decisión de anexar a España nuestro país, en 1860. Pero lo que nos interesa aquí es señalar la importancia del hatero en el siglo XIX, concretamente, durante la Primera República.

El Este fue desmontado y la caña invadió casi todos los rincones. Esto sucedió en el este siglo XX. El proceso es toscamente descrito por F.E. Moscoso Puello al iniciar su novela *Cañas y bueyes*.

El sello de esta desarticulación social vino a ser impuesto por la intervención americana de 1916. Una especie de acumulación originaria dominicana se dio en estrecha relación con el fenómeno de las mediciones de terrenos y la posesión de títulos *legales* de los predios. Los campesinos fueron engañados y les quitaron sus tierras en nombre de una dudosa legalidad.

El desarrollo de la inversión norteamericana, que vino a garantizar la Ocupación del 16, no se pudo llevar a cabo sin antes enfrentar una

resistencia articulada contra la invasión: la guerrilla tildada de *gavilla*. El *gavillero* era el asaltante de caminos del Este, que usualmente se organizaba en bandas. La guerrilla fue llamada *gavillera* para desprestigiarla. Los *gavilleros* del Este pudieron apaciguar un poco la furia dominadora del Imperio, gracias a que esta región conservaba relaciones sociales de tipo hatero con sus características formas caudillescas. De hecho, el Este ofrecía un ambiente particularmente propicio para esta resistencia, por el pobre mejoramiento de las comunicaciones. La poca comunicación mantuvo las relaciones tradicionales.

Con la implantación del enclave azucarero comenzó lo que es el Este hoy: unos grandes grupos de desarraigados de la tierra, con grandes extensiones en manos extranjeras. La caña se ve salpicada aún por fincas ganaderas.

La presencia extranjera es alarmante y humillante. Los terrenos del Central Romana (que ha pasado por diversas manos) cubrían, en tiempos de la *Gulf and Western*, la cuarta parte del Este. Los complejos hoteleros recién inaugurados en Punta Cana son la continuación de esta desarticulación de la cultura de nuestra región oriental. No todo lo que brilla es oro. El turismo trae consigo muchas costumbres nocivas de las naciones *desarrolladas*, además de que es una inversión sumamente veleidosa: el capricho del turista la infla y la desinfla sin consultar a nadie.

El aporte cultural del Este más original y creativo podría ser el de los *cocolos*. De estos inmigrantes negros de las Antillas Menores Inglesas han salido grandes literatos, músicos, científicos y deportistas de renombre nacional e internacional. Por lo menos esto podemos agradecerle a la caña de azúcar.

En fin, el Este ha sufrido las planificaciones del capital extranjero de una manera más dramática. Su población ha migrado, desarraigada, hacia la Capital, en busca de mejor suerte, máxime después de la crisis del 1929. Dio inicio, paradigmáticamente para las demás regiones del país, al proceso de proletarianización y la creación de una super-población relativa, que se extendería durante el trujillato a todo el país, como le describe Requena en *Los enemigos de la tierra*. Este proceso ha continuado ininterrumpido en el balaguerato hasta nuestros días. Decimos que el Este fue paradigma porque fue la primera región que empezó a afluir masivamente hacia la Capital empujados por la primera gran inversión capitalista: la caña. Todavía en los años '40, la gente de la Capital iba al Cibao a *comer tajo y víveres*, signo de que allí se vivía mejor.

La Línea y la Frontera

La *Línea* es el noroeste de la República. Tal vez proceda el nombre del correo del siglo pasado (Abad). Está marcada por el caudillismo, a similitud del Este. Desiderio Arias es el prototipo de caudillo en nuestro país.

La *Línea*, como región, se extiende desde Navarrate hasta Monte Cristi y se trepa por las montañas hasta Mao y Monción. En muchas cosas, ha estado ligada a la *Frontera*. Desde el comercio del contrabando y las despoblaciones de Osorio, estas regiones han sido hermanas.

La *Frontera* suele referirse imaginariamente más a su parte norte (desde Bánica a Pepillo Salcedo). Su relativa independencia ha configurado una cultura muy peculiar de un sentido de lo *límite*. Desde el trujillato, con su violenta campaña de dominicanización fronteriza, ha quedado estampada por una masiva presencia militar y un desprecio por los haitianos en muchos de sus pobladores y específicamente, en algunos comportamientos. Me explico.

Hablaba del sentido de lo *límite*. El contrabando, la parentela y el intercambio agrícola se hace al margen de la legalidad burguesa de *nación*. Me recuerdo en estos momentos de la imagen de una señora de Restauración, medio haitiana medio dominicana, que tiene en ambos lados de la frontera una ascendencia de autoridad entre sus vecinos, como mujer de bien y de respeto. Domina a la perfección el *créole* y el castellano. ¿Es dominicana o haitiana? Para ella, de facto, ese límite no existe. Hay algo de esta señora en toda la cultura fronteriza. La *Frontera* es un límite que existe y que no existe a la vez. Por ejemplo, para la contratación de fuerza de trabajo super-explotable, no existe el límite; pero para declararse más blanco o menos blanco, sí existe, y es una de las maneras de justificar la super-explotación.

Tanto la *Línea* como la *Frontera* han participado desde el siglo pasado de las mismas vicisitudes de las invasiones haitianas y de los mismos flujos de intercambio comercial. Además, poseen una herida común reciente: la matanza de los haitianos de 1937, de la que prácticamente no se ha escrito nada en profundidad. Las novelas de Jacques Stephan Alexis, *MI compadre el General Sol*, y de Freddy Prestol Castillo, *El Masacre se pasa a pie*, se han encargado de describir el *corte* con la fuerza del artista.

En resumen, podríamos decir: *Línea* y *Frontera* han estado marcadas por ser límites de la legalidad burguesa desde las mismas despoblaciones. El sentido anti-haitiano es muy marcado en lo ideológico;

sin embargo, el intercambio de diversos productos por los lugares descampados es una práctica socorrida aún en nuestros días, revistiendo en ocasiones una auténtica problemática nacional (pensemos en el caso de la harina en marzo de 1988). Nos quedan aún preguntas:

¿Qué es la Frontera? ¿Por qué se refiere imaginariamente como Frontera su parte norte? Creo que encuentro la explicación en la concentración de actividades en ese *corredor central* (Yunén) que ha sido favorecido en nuestra Isla: Puerto Plata-Santiago-Capital-Romana. La Frontera Norte es su continuación necesaria rumbo a Haití. De hecho, el corte de haitianos del 1937 se sintió más en esta zona. Tal vez sea donde la legalidad burguesa ha tenido más estructuración, estructuración que no ha sido tan marcada en nuestro Sur.

A manera de conclusión: La Capital, ¿una región?

Sería absurdo imaginar la ciudad de Santo Domingo y sus alrededores como una región. Pero la metro-politización impuesta por las exigencias del capital orientado desde y al extranjero parece sugerirlo. En la Capital se concentran los mayores porcentajes de los adelantos tecnológicos y la mayor cantidad de transferencias comerciales. La gente marcha hacia *donde se firman los cheques*. De cada 100 teléfonos, 74 se encuentran en la Capital. En la Capital se consume el 80% de la energía dedicada a la industria y el 70% de la destinada a los hogares. Y el cadáver sigue muriendo...

La Capital es una región imaginaria con mosaicos culturales ajustados a ella por oleadas de migraciones procedentes del Interior del país. Así han nacido los barrios, que se componen de una población rural entre el 70% y el 90%. Su función es ofrecer mano de obra barata para el proceso de concentración de capitales. Más que en la lucha libre, *todos los caminos conducen a la Capital*.

Poco a poco, se va dando en nuestro país una unificación de los patrones de vida. Se apunta al bienestar del consumo capitalista. El joven del barrio prefiere el *bufeo* del último merengue-rock que suena en el *etirio* (stereo), que volver al campo... esa oscura región de donde vinieron sus padres y que es el símbolo del atraso.

No en vano, la gente del interior del país habla de *subir* a la Capital, cuando de casi todos los lugares, topográficamente, se baja.

El breve espacio dominicano actual se transforma a ritmo acelerado. El tipo de inversión capitalista es el determinante. Carreteras, desalojos... ponen a nuestra economía al servicio del mundo de las maquiladoras y

del turismo. En el campo, todo parece apuntar hacia una concentración de tierras en grandes explotaciones industrializadas. Eso parecen indicar los melones azuanos, las piñas de Bonao y los cítricos de Villa Altagracia y Monte Plata o el algodón de Monte Cristi.

Lo dominicano ha estado injusta e interesadamente identificado con lo cibaëño en nuestra historia más reciente, legado decimonónico de un *tabaco democrático* (Bonó). Hoy estamos abocados a la unificación cultural. Más que regiones, existirá un *corredor* (Yunén) Monte Cristi-La Romana, con sus puertos marinos y aéreos, con sus servicios turísticos y comercios y zonas francas, puestos al servicio del mercado mundial e imperial. ¡Y pobre de aquél que se *imagine* lo contrario! Posiblemente, no encontrará de qué vivir. El breve espacio insular se hace más breve... Pero esto es sólo mi imaginación.

BIBLIOGRAFIA

- Abad, José Ramón, *La República Dominicana. Reseña general geográfico-estadística*, Santo Domingo: Imprenta Hermanos García, 1888.
- Balaguer, Joaquín, *La isla al revés*, Santo Domingo: Editora Corripio, 1984.
- Baud, Michiel, *Transformación capitalista y regionalización en la República Dominicana, 1875-1920*, en *Investigación y ciencia*, Año I, N. 1, enero-abril 1986, pp. 17-46.
- , *Para oír a los sin voz. Posibilidades y limitaciones de la historia oral*, en *Ciencia y sociedad*, Vol X, N. 4, octubre-diciembre 1985, pp. 451-471.
- Beetstra, Tsjalling, *Dinámica regional y el proceso de urbanización en la República Dominicana*, en *Estudios sociales*, Año XVII, N. 57, pp. 21-41.
- Bryan, Patrick, *En torno a la recepción de cocos en la República Dominicana*, Santo Domingo: UASD, 1973 (mimeo).
- Calder, Bruce, *Caudillos and gavilleros versus the United States Marines*, en *Hispanic American historical review*, Vol. 58, N. 4, november 1978, pp. 649-675.

- Canclini, Néstor, *Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular*, en *Nueva sociedad*, N. 71, mayo-abril 1984, pp. 69-78.
- Castillo, José del, *Las inmigraciones y su aporte a la cultura dominicana (Finales del siglo XIX y principios del XX)*, en *Ensayos sobre cultura dominicana*, Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1981.
- Cela, Jorge, Isis Duarte y Carmen Gómez, *Población y crecimiento urbano y barrios marginados en Santo Domingo*, Ponencia en Foro Urbano, octubre 1987. (Mimeo).
- Conferencia Dominicana de Religiosos (CONDOR), *Cultura e identidad nacional*, en *Estudios sociales*, Año XVIII, N. 62, octubre-diciembre 1985, pp. 61-73.
- Chantada, Amparo, *La geografía y la historia: análisis y propuestas para el mejoramiento de su estudio en las ciencias sociales*. Ponencia en el Tercer Congreso Dominicano de Historia, mimeo, s.f.
- Deive, Carlos Esteban, *El mesianismo olivorista*. en *El indio, el negro y la vida tradicional*, Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1978.
- , *La herencia africana en el cultura dominicana actual*, en *Ensayos sobre cultura dominicana*, o.c.
- , *Notas sobre cultura dominicana*, en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Año VIII, No. 12, enero 1979, pp. 291-305.
- Espín, Orlando, *Hacia una teología de Palma Sola*, en *Estudios Sociales*, Año XIII, No. 50, abril-junio 1980, pp. 53-68
- García Tamayo, Eduardo, *Cultura campesina en la Frontera Norte*, en *Estudios sociales*, año XVII, N. 55, pp. 45-56.
- Geilfus, Frans, *Agricultores marginales y manejo de los recursos naturales en la República Dominicana*, en *Medio ambiente caribeño*, N. 2, 1986, pp. 105-122.
- González, A. y A. M. Espinal, *Aporte para un estudio de los rasgos antropológicos del sureño dominicano*, en *Estudios sociales*, Año VII, N. 28, pp. 191-199.
- Guerra, Ramiro, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1976 (1ra. en 1927).

- Hoetink, Harry, *El Cibao: 1844-1900: su aportación a la formación social de la República*, en *Eme eme*, Vol. VIII, N. 48, pp. 3-19.
- Méndez, Josefina, *El boom de las zonas francas*, en *Listín diario*, sábado 9 de abril de 1988, p. 8-D.
- Sánchez Valverde, Antonio, *Idea del valor de la Isla La Española*, Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1947 (1ra. en 1785).
- Veloz Maggiolo, Marcio, *Sobre cultura y política cultural en la República Dominicana*, Santo Domingo: Alfa y Omega, 1980.
- Yunén, Rafael E., *Especulaciones ordenadas sobre la posible influencia de lo geográfico en la identidad nacional*, en *Eme eme*, Vol. VIII, N. 47, marzo-abril 1980, pp. 61-79.
- , *La isla como es: hipótesis para su comprobación*, Santiago: UCMM, 1985.
- , *La problemática urbana en República Dominicana*. Ponencia en la Segunda Semana Geográfica Dominicana (1988), febrero 1988, (mimeo).